

cion de Portugal, no sin llevar en su cabeza otros mas locos proyectos, propios de su genio caballeresco, con los cuales, cerrando los oídos á cuantas reflexiones le hicieron, se embarcó para Francia muy esperanzado de obtener todo género de auxilios de su antiguo aliado, «el buen rey Luis,» como él decía. Veremos luego cuán extraño fin tuvo este extravagante príncipe.

Un solo disgusto grave experimentó la reina Isabel en este tiempo. Hallándose en Tordesillas con su fiel Andrés de Cabrera, marqués de Moya, antiguo alcaide del alcázar de Segovia, el obispo de esta ciudad don Juan Arias con algunos otros principales ciudadanos enemigos de Cabrera, se aprovecharon de su ausencia para sublevar y amotinar el pueblo contra él, y matar á su suegro Pedro de Bobadilla que tenia en su nombre el cargo del alcázar. Llegaron los amotinados á apoderarse de las fortificaciones exteriores, siendo lo peor que en aquel recinto se guardaba la prenda mas querida para la reina de Castilla, su hija la princesa Isabel, y que un Alonso Maldonado, que habia sido alcaide del alcázar, era el encargado de apoderarse de la tierna heredera del trono. Recibir la reina Isabel la nueva de tan desagradable suceso y montar á caballo para Segovia fué todo una misma cosa. Con la velocidad del rayo, y haciendo correr al cardenal de España, al conde de Benavente, al marqués de Moya, y á otros pocos de la corte que llevó en su compañía, se presentó en las inmediaciones de la ciudad. Algunos habitantes que le salieron al encuentro le pidieron en nombre de los demás que no entrara acompañada del de Benavente ni de Cabrera. *Soy la reina de Castilla, contestó con entereza Isabel, y no estoy acostumbrada á recibir condiciones de súbditos rebeldes.* Y prosiguiendo inalterable con su pequeña comitiva se entró en el alcázar por una de las puertas que se conservaba en poder de los suyos. La plebe, lejos de apaciguarse, mostraba con voces y ademanes intentos de asaltar el alcázar. Aterraban á los de la fortaleza los gritos y demostraciones de la enfurecida muchedumbre, y proponian medios de defensa y seguridad. Pero Isabel, con una magnanimidad que asombra siempre en su sexo y en su juventud, previno á todos que estuviesen quietos en su aposento, y descendiendo al patio, mandó abrir las puertas, se colocó á la entrada, y dejando que penetrara el pueblo: *Y bien, les dijo sin perturbarse, ¿qué queréis? ¿cuáles son vuestros agravios? Yo los remediaré en cuanto pueda, porque estoy cierta de que vuestro bien es el mio y el de toda la ciudad.*

Sobrecogidos los tumultuados con la presencia de la reina, con sus dulces palabras y con su digno y majestuoso continente, contestaron que querian la deposicion de Cabrera. «Está depuesto, respondió Isabel, y tenéis mi licencia para echar á cuantos ocupan el alcázar sin mi orden, que quiero entregarle á persona que le guarde en servicio mio y provecho vuestro.» El pueblo gritó entusiasmado: *¡Viva la Reina nuestra señora!* y subiendo á las torres y muros, fueron expulsados los de una y otra parcialidad, huyendo Alfonso Maldonado en la confusion. Sosegado por entonces el tumulto, y encomendado el alcázar á Gonzalo Chacon, pasó la reina acompañada de toda la muchedumbre, á la cual exhortó á que se retirase tranquila, diciendo que si al día siguiente querian enviarle sus diputados que despacio le informaran de sus agravios y quejas, ella las examinaría y haría justicia á todos. Así se ejecutó, y oídas las informaciones, los que resultaron culpables fueron castigados; mas como se averiguase que respecto á las acusaciones contra Cabrera habia menos de delito que de odio por parte del obispo y sus asociados, repúsole en su antiguo cargo, y mandó que las maltratadas puertas del alcázar se reparasen, no á costa del pueblo, sino á sus propias expensas, destinando á ello las joyas de su recámara. El pueblo, depuesto ya el primer furor, se convenció de la justificacion de su reina y no volvió á alterarse mas. De esta manera con su serenidad y su prudencia aplacó Isabel, sin menoscabo de su autoridad, una insurreccion que hubiera podido ser funesta y desastrosa (1).

(1) Colmenares, en su Historia de Segovia, cap. 34, que refiere tambien este hecho, afirma haber visto original la real cédula mandando al

Hecho esto, con noticia que allí tuvo de que sus capitanes habian tomado por asalto la plaza de Toro, y combatian el alcázar y las fortalezas defendidas por Juan de Ulloa y por doña María Sarmiento su mujer, acudió apresuradamente á alentar á sus caudillos y dar calor al combate (setiembre), el cual tomó tal vigor con la presencia de la reina, que á los pocos dias se le rindieron todos los fuertes, siendo admirable la generosidad con que perdonó á Ulloa y su mujer echando un velo sobre sus yerros pasados. El portugués conde de Marialva, yerno de Ulloa, evacuó al día siguiente la fortaleza (20 de octubre), encaminándose la via de Portugal con algunos castellanos y los pocos portugueses que le habian quedado. Cuando regresó Fernando del norte de tener la última entrevista con su padre en Tudela, hallóse con la agradable noticia de haberse posesionado la reina su esposa de la ciudad y alcázar de Toro, el gran baluarte de los portugueses. Quedábales ya solamente la reduccion de algunas pequeñas poblaciones y castillos, como Castronuño, Cantalapiedra, Cubillas, Siete Iglesias y otras, á lo cual se dedicaron con las milicias de Salamanca, Avila, Segovia, Zamora y Valladolid, sin descansar hasta ir las recobrando todas y acabar con las reliquias de aquella guerra, en mal hora movida por magnates bulliciosos y por un príncipe extranjero codicioso y desacordado (2).

No cesaba el anciano rey de Aragon de enviar embajadas á su hijo el de Castilla, y de hacerle advertencias y darle consejos sobre la política y conducta que debía seguir, ya por el interés de padre, ya por el enlace é influjo que tenian los negocios de Castilla con los de Aragon, Francia y Navarra en que él se hallaba envuelto. Una de las cosas que con mas empeño y ahinco le recomendaba era que admitiese en su gracia al marqués de Villena, y muy especialmente al poderoso arzobispo de Toledo, así por consideración á sus anteriores servicios, que en ocasiones mas críticas habian sido muy grandes y muy señalados, como por el deudo y amistad que el prelado tenia con el condestable de Navarra y otros principales personajes de aquel reino, á quienes no le convenia tener disgustados; pues que además del estado todavía inquieto de Navarra, era el punto por donde el francés podia mas fácilmente incomodar las dos monarquias aragonesa y castellana. Otro de los asuntos sobre que el padre no cesaba de amonestar al hijo era la provision del gran maestrazgo de Santiago, que en este tiempo acababa de vacar por fallecimiento del ilustrado y esforzado don Rodrigo Manrique (noviembre). Porcion de grandes y señores de Castilla pretendian y se disputaban la sucesion en aquella pingüe dignidad, y la paz del reino amenazaba turbarse de nuevo con tantas rivalidades y ambiciones. Aconsejaba pues el de Aragon á su hijo que sin ofrecer aquella dignidad á ninguno de los pretendientes tomara la corona la administracion del maestrazgo hasta que se hiciese la provision. Así entraba tambien en las miras políticas de Fernando é Isabel, y fué una de las mas grandes y mas útiles reformas que estos monarcas introdujeron, como habremos luego de ver cuando tratemos de la administracion interior. Sin embargo, este maestrazgo se dió despues por particulares servicios á don Alfonso de Cárdenas con cargo de cierta pension para la guerra de los moros.

Aunque á los seis meses de la rendicion de Toro casi todas las plazas rebeldes del interior de Castilla se hallaban en poder de los monarcas, la infidelidad y la traicion mantenian algunas en Extremadura, país por otra parte de continuo molestado por las frecuentes irrupciones que desde sus plazas fronterizas hacian los portugueses, de modo que para aquella provincia se podia decir que no habia concluido la guerra. Movi6 esto á la reina Isabel á procurar el remedio trasladán-

tesorero Rodrigo de Tordesillas que entregase á Cabrera las dichas alhajas para el reparo del alcázar.

(2) No deja de parecernos extraño que el ilustrado William Prescott, que de propósito y con copia de materiales ha escrito la Historia del reinado de los Reyes Católicos, y dedica como nosotros un capítulo entero á esta guerra de sucesion, no nos diga nada, ó se limite á hacer una indicacion ligerísima y apenas perceptible de la conquista de Toro por los castellanos, de la entrada de Isabel, de la rendicion del alcázar, de la salida del conde de Marialva, etc., habiendo sido aquella plaza el punto principal de apoyo y la residencia habitual de los portugueses.

dose personalmente á aquella comarca (1477); y mientras Fernando, no mas perezoso que su esposa, atendia alternativamente á lo de Castilla, y á lo de Navarra, Francia y Aragon, y se movia con celeridad de uno á otro reino, Isabel al frente de algunas tropas regulares y de las milicias de la Santa Hermandad, ya por este tiempo organizada, recorría los campos y poblaciones de Extremadura y Andalucía, y las fronteras de Portugal, alentando á sus capitanes, rescatando castillos ó impidiendo las invasiones y correrías de los del vecino reino. En vano sus consejeros y caudillos la exhortaban á que cuidase mas de su salud y su persona, no exponiéndose á las enfermedades epidémicas del país, á las privaciones consiguientes á la escasez de mantenimientos, á los peligros del enemigo y á las fatigas y trabajos de aquella vida agitada, y que se retirase mas adentro de sus dominios. «No soy venida, les contestaba la magnánima reina, á huir del peligro ni del trabajo: ni entiendo dejar la tierra, dando tal gloria á los contrarios ni tal pena á mis súbditos, hasta ver el cabo de la guerra que hacemos, ó de la paz que tratamos (1).»

Dejémosla allí mientras damos cuenta de lo que su adversario el rey de Portugal habia hecho desde su salida de Castilla, ó sea desde que se hizo á la vela en Oporto en busca de su amigo y aliado el rey Luis XI de Francia. Llevaba el portugués grandes designios y se prometia mucho de la amistad de su confederado para sus ulteriores proyectos sobre Castilla, ya que habia sido tan desgraciado en su tentativa primera. Recibió el de Francia con mucho agasajo, hizole todos los honores debidos á su clase, obsequiábale con suntuosas fiestas, y en honra suya daba libertad á los presos de las cárceles, y aun le hacia la fineza de poner en su mano las llaves de las poblaciones. Con esto seguía entusiasmado Alfonso de Portugal la corte ambulante de Luis XI. Mas cuando hablaba de auxilios positivos para su empresa futura, contestábale el francés dándole moratorias so pretexto de la guerra que entonces tenia con el duque de Borgoña Carlos el Temerario. Este pretexto dejó de existir cuando la muerte del célebre borgoñon en la famosa batalla de Nancy libró á Luis XI de aquel terrible adversario, y sin embargo no habia auxilios para Alfonso de Portugal, porque mas le interesaba al francés recoger la herencia del duque de Borgoña que pensar en ayudar á otro á conquistar un trono. A las importunas instancias del portugués respondia Luis, que puesto que tenia ya la dispensa matrimonial del papa (2) debía realizar el casamiento con su sobrina, y dejar al tiempo y á las negociaciones que acabaran de franquearle el camino del trono de Castilla. Entonces ya comprendió don Alfonso bien á su pesar lo que significaban las promesas ambiguas y los dilatorios ofrecimientos de su insidioso aliado «el buen rey Luis XI,» y en su justo resentimiento entabló pláticas con el duque Maximiliano de Austria, enemigo del francés. Con aviso que tuvo de esto el de Francia, y entendiendo que aquello podria ser en daño suyo, hizo detener á Alfonso en un monasterio de Ruan, lo que dió ocasion á publicarse que habia entrado en religion. Preguntado qué tratos eran los que traía con su sobrino Maximiliano, respondió que ninguno, sino que pensaba ir en peregrinacion á Roma y á Jerusalem.

Si en realidad no fué el pensamiento de este extravagante príncipe cambiar el cetro de rey por el baston de peregrino y renunciar al trono de Portugal por ir á adorar el Santo Sepulcro, por lo menos era muy conforme á su espíritu caballeresco, y así se lo escribió, cuando muchos le creian muerto, á su hijo el príncipe don Juan, pidiéndole que se ciñese la corona de la misma manera que si recibiese la noticia cierta de la muerte de su padre. Mas luego le entró el arrepentimiento y varió pronto de resolucio, tomando la de volverse á Portugal, á lo cual le ayudó el mismo rey de Francia que deseaba verse des-

(1) Pulgar, Reyes Católicos, part. II, c. 90.

(2) Costó mucho trabajo alcanzar del pontífice esta dispensa, por muchas razones, y entre otras por la disputada legitimidad de doña Juana, y al cabo la otorgó en términos generales y vagos, sin nombrar la persona para no mencionar los padres de la Beltraneja, diciendo que concedía dispensa al rey de Portugal para que pudiese casar «con cualquier doncella que le fuese allegada en cualquier grado lateral de consanguinidad ó afinidad, exceptuando el primer grado.»

embarazado de tan importuno huésped. Para que todo en este viaje fuese dramático y novelesco, cuando Alfonso arribó á Cascaes, pueblo de Portugal (noviembre, 1477), hacia cinco dias que su hijo se habia proclamado rey en Santarén. El príncipe don Juan, ó por respeto ó por prudencia, volvió á entregar á su padre el cetro que apenas habia empuñado, y el viejo monarca, que parecia debiera haber dejado por allá su ambicion y sus quiméricas esperanzas, volvió á prepararse con la ilusion y la fogosidad de un jóven á renovar la guerra de Castilla (3).

Entre tanto la reina Isabel habia trabajado sin descanso en las provincias del Mediodía. Despues de haber puesto en tercería la fortaleza de Trujillo, que era del marqués de Villena, mandó derribar otras, de donde se hacian grandes robos é insultos por toda la tierra, teniendo que introducir allí tambien la institucion de la Hermandad para la seguridad de los caminos. Y mientras Fernando restauraba los dominios y el poder de la corona, y proveía á las cosas de gobierno por Salamanca y Galicia, Isabel pasaba á Andalucía, que toda se hallaba en armas, apoderados los grandes señores de las ciudades y tiranizándolas con la esperanza de que la guerra se continuaria por Portugal. Dominaba en Sevilla el duque de Medinasidonia, en Jerez el marqués de Cádiz, en Córdoba don Alonso de Aguilar, en Écija Portocarrero, en Carmona Luis de Godoy; y otros caballeros enseñoreaban otras ciudades con propia autoridad y á quien mas podia. Alentábalos en aquella anárquica situacion su vecindad con Granada y Portugal, y no creían que una mujer, por grande que fuese su ánimo y valor, pudiera tener energia y atender á tantas partes á un tiempo, en un país en que por un lado tenia á los moros, por otro á los portugueses, todos enemigos. Mas luego vieron la valentia y serenidad con que entró en Sevilla, y tomó á su mano el alcázar, las Atarazanas y el castillo de Triana, que estaban por el duque de Medinasidonia, el cual disimuló creyendo que le dejaria las tenencias de otras fortalezas que los soldados de su casa guarnecian. Tambien el rey, despues de haber asegurado la paz y sosiego de las provincias de Castilla y de Leon, marchó á unirse con la reina en Sevilla, donde fué como ella recibido con alegría y con fiestas (setiembre, 1476).

Como un sueño veian aquellos altivos nobles, especie de reyezuelos en sus respectivos Estados, la energética actividad de los jóvenes monarcas, y cómo desde Córdoba á Jerez iba cobrando fuerzas la autoridad real, y menguando y desapareciendo como por encanto la suya. Los reyes se movian por todas partes, abatianse á su presencia los castillos, y dábanles obediencia los pueblos. Asentaban treguas con el emir granadino por industria del conde de Cabra, y sin desatender la frontera portuguesa ajustábanlas tambien con el infante de Portugal por medio del conde de Feria y de don Manuel Ponce de Leon. El mismo marqués de Cádiz, poseedor de tan ricas villas y de tantas fortalezas, entendió ya la mudanza de los tiempos, y trató de justificarse con el rey, ó de disculpar por lo menos su conducta. En las transacciones y tratos con los nobles siempre sacaban alguna ventaja los monarcas, y aunque en lo material no vencieron todas las dificultades y quedaban aun fortalezas y villas que someter, en influencia moral ganó inmensamente la autoridad régia allí donde desde el último monarca se habian acostumbrado á mirarla ó con desprecio ó sin respeto.

El rey de Portugal no habia cesado desde su llegada de atizar otra vez la guerra por cuantos medios podia, manteniendo en agitacion las provincias limítrofes, instigando á los descontentos y discolos, y entendiéndose de nuevo con sus antiguos partidarios, especialmente con el arzobispo de Toledo y con el marqués de Villena; que nunca la reconciliacion de estos dos personajes con sus soberanos se habia considerado franca, segura y estable, á pesar de las protestas. Movi6 esto al rey á venir de Sevilla á Madrid á propósito de reducir y traer á buen

(3) Faria y Sousa, Europ. Portug., tom. II.—Ruy de Pina, Crón. de don Alfonso, caps. 194 á 202.—Pulgar, Crón. caps. 56 y 57.—Bernaldez, cap. 27.—Zurita, Anal., libro XX, cap. 13.—Sousa, Historia genealógica de la casa real de Portugal.



partido al animoso y bullicioso arzobispo. De paso se trató en cortes sobre la supresión ó continuación de la Hermandad, que por costosa se iba haciendo una carga pesada para los pueblos, y era objeto ya de quejas y reclamaciones. Mas atendidos los servicios que prestaba, los desórdenes que todavía aquejaban al reino, y la guerra que amenazaba otra vez por Portugal, se tuvo por prudente y se deliberó que continuase por otros tres años. Poco tiempo permaneció el rey en Madrid, teniendo que dar la vuelta á Sevilla á instancias de la reina que se hallaba próxima otra vez á ser madre; y así fué que á los pocos días toda España recibió con regocijo la nueva del nacimiento del príncipe don Juan (30 de junio, 1778), que se celebró con públicas alegrías.

Seguía el portugués fomentando la guerra. Ayudábanle por la parte de Extremadura la condesa de Medellín, doña Beatriz Pacheco, mujer de ánimo varonil, y el claverero de Alcántara; pero sostenía allí valerosamente la causa de los reyes de Castilla el esforzado don Alonso de Cárdenas, gran maestre de Santiago. En los Estados de Villena ardía de nuevo la rebelión, fomentada por el marqués, que alegaba no haberle cumplido los tratos y condiciones de la sumisión que antes había hecho. Allí se malogró, de resultas de una herida que recibió cerca de Cañavete peleando por la causa de sus monarcas, el ilustre capitán, esclarecido ingenio y tierno poeta Jorge Manrique, hijo del ínclito don Rodrigo Manrique, gran maestre de Santiago y conde de Paredes, cuya muerte había poco antes cantado y llorado su hijo en aquellas sentidas endechas de que hemos hecho mención en otra parte.

Pero esperábanle ahora al obstinado y contumaz portugués desengaños de otro género que los de la vez primera. Conviéndole á su antiguo amigo el rey Luis XI de Francia, empeñado como se hallaba en las guerras y en los asuntos de Borgoña, no dejar descubiertas las espaldas de su reino, había entablado tratos de paz con los reyes de Castilla, y después de muchas negociaciones, en que intervino también el rey de Aragón á fin de que aquellos conciertos no sirviesen al francés para apropiarse los condados de Rosellon y de Cerdeña, pactóse al fin definitivamente por medio de sus respectivos embajadores entre los reyes de Francia y de Castilla, con aprobación también del de Aragón, un tratado de paz, ó si se quiere, una larga tregua y armisticio, en el cual se estipulaba que Luis XI se separaría de su alianza con el rey de Portugal, y renunciaría á la protección de doña Juana (octubre, 1478). Para mayor mortificación del monarca portugués, el papa Sixto IV por gestiones de los dos Fernandos de Nápoles y de Castilla revocó la dispensa matrimonial que antes de mala gana había otorgado, fundando la nueva bula en haber sido impetrada la anterior con falsa exposición de los hechos. Abandonado así Alfonso de su principal aliado, imposibilitado de casarse con la que esperaba le había de llevar en dote una corona, todavía quiso luchar contra su fortuna, y no desistió de incomodar cuanto pudo á Castilla. Pero desembarazados Fernando é Isabel de las atenciones del norte, pudieron ya dedicarla toda á la defensa de las fronteras occidentales. El maestre de Santiago había destrozado un cuerpo de portugueses en la Albuera, é Isabel mandaba sitiar á Mérida, Medellín, Montánchez, y otras fortalezas de Extremadura. En tal estado, ya que Alfonso continuaba tan ciego que no veía ó no se cuidaba de las calamidades que estaba causando á los dos reinos por la quimérica ambición de un trono que nunca había de alcanzar, resolvióse á buscar por él un remedio á tantos males su hermana política doña Beatriz de Portugal, duquesa de Viseo, tía materna de la reina Isabel, ofreciéndose á ser mediadora para la paz, y proponiendo una entrevista, que la reina de Castilla aceptó en la fronteriza villa de Alcántara.

Ocho días duraron las pláticas entre las dos princesas. Tratábase de buena fe de una reconciliación cordial; discutióse amistosamente y sin intención de engañarse por ninguna de las partes, y de aquellas conferencias, que nos recuerdan las de doña Berenguela de Castilla y doña Teresa de Portugal en Valencia de Alcántara en 1230, resultaron las siguientes capitulaciones: que el rey don Alfonso de Portugal dejaría el título y las armas de rey de Castilla, y don Fernando no tomaría las del reino de Portugal; que aquel renunciaria á la mano

de doña Juana (la Beltraneja), y no sostendría mas sus pretensiones al trono; que doña Juana casaría con el príncipe don Juan, hijo de los reyes de Castilla, niño entonces, cuando tuviese mas edad, ó quedaria en libertad, si lo prefería, para tomar el velo de monja en un convento del reino; que don Alfonso, hijo del príncipe de Portugal y nieto del rey, casaría con la infanta Isabel de Castilla; que se concedería perdón general á todos los castellanos que habían defendido la causa de doña Juana, pero los nobles no podrían entrar en Portugal para que no fuesen ocasión de revueltas y alteraciones; que los descubrimientos y conquistas de los portugueses en África á la parte del Océano serían para siempre de los reyes de Portugal; que para seguridad de este concierto los príncipes de cuyos matrimonios se trataba quedarían en rehenes en el castillo de Moura en poder de la misma duquesa doña Beatriz, y que el rey de Portugal daría en prendas cuatro fortalezas á la raya de Castilla (1479).

Ratificado al cabo de algunos meses este convenio, honroso para los dos reyes, y en que solo quedaba sacrificada la desventurada doña Juana, víctima necesaria de la paz de los dos reinos, terminó felizmente la guerra de sucesión que por cerca de cinco años había assolado las provincias castellanas limítrofes de Portugal, y puesto en combustión todo el reino, acabado de estragar las costumbres públicas y agotado los escasos recursos del Estado. Todo el mundo ensalzaba la prudencia de doña Beatriz de Portugal, el talento y la virtud de doña Isabel de Castilla, la energía y la actividad de don Fernando de Aragón. Hicieronse fiestas y procesiones en toda España, y renació la alegría en los ánimos.

Solo la desdichada doña Juana, en Castilla llamada la *Beltraneja*, en Portugal la *Eccelente Señora*, sentenciada á esperar para casarse á un príncipe niño después de condenada á renunciar á la mano de un rey proveyecto; princesa que había sido declarada heredera de un trono y llamada á otro para no llegar á ocupar ninguno, pareció disgustada de un mundo en que no había visto sino grandezas ilusorias y desdichas positivas, y adoptando el segundo extremo del tratado en la parte que le pertenecía, tomó el hábito de las vírgenes en el convento de Santa Clara de Coimbra, donde profesó al año siguiente (1480). Dos embajadores de Castilla fueron enviados para presenciar la ceremonia y cerciorarse de su cumplimiento; mas aunque delante de ellos manifestó que «sin ninguna premia, salvo de su propia voluntad, quería vivir en religión é hacer profesión é fenescer en ella,» el tiempo acreditó que había obrado menos por vocación que por despecho, puesto que diversas veces rompió después la clausura monástica trocando el humilde sayal por la régia pompa y las vestiduras reales, y quiso gozar el estéril consuelo de firmar hasta el fin de sus días: «Yo la Reina (1).» Al poco tiempo quiso el rey don Alfonso imitar el ejemplo de su jóven desposada, y estaba ya dispuesto á trocar el manto de rey por la pobre túnica de San Francisco, cuando una enfermedad que le sobrevino en Cintra dió al traste con aquella resolución y acabó con los días de aquel monarca (agosto, 1481), especie de coronado paladin, que representaba el espíritu caballeresco en el trono, y que

(1) «Los historiadores castellanos, dice el erudito Clemencin (Memorias de la Academia de la Hist., tom. VI, Ilustración XIX), afectaron no hablar de doña Juana desde la época de su profesión hasta en adelante, y de aquí tomaron ocasión algunos escritores modernos para asegurar con sobrada ligereza que doña Juana continuó en la vida religiosa hasta su muerte.»

En efecto, Mariana asegura con notable equivocación (libro XXIV, capítulo 20) «que perseveró en ella muchos años con mucha virtud hasta lo postrero de su vida.» En el mismo error incurrió Florez, Reinas Católicas, pág. 780 (no 766, como apunta equivocadamente Clemencin).

«Pero aquel silencio de los coetáneos (prosigue el ilustrado académico), que pudo ser estudiado para no dar bulto ni importancia á las cosas de doña Juana, defrauda la justa gloria de la reina doña Isabel, porque no es pequeña parte de ella la habilidad con que manejó siempre este delicado negocio, que durante su reinado fué el principal objeto de sus relaciones diplomáticas con Portugal.» Refiere en seguida la historia de aquella princesa hasta su muerte, acaecida en el palacio de Lisboa en 1530. Veremos mas adelante cómo doña Juana y sus pretendidos derechos á la corona de Castilla estuvieron siendo continuamente objeto de negociaciones y contestaciones entre los príncipes de ambos reinos.

